

Notas (parcialmente psicoanalíticas) sobre el humor y la ironía

Manuel Baldiz

Resumen

El humor es específico de los animales de lenguaje que son los seres humanos. Sólo por ello ya debería interesar por fuerza a los psicoanalistas. El campo fenoménico del humor es muy variado y su estudio no es fácil. No obstante, con ayuda de algunos conceptos psicoanalíticos se puede intentar una aproximación explicativa a dicho campo plural que, a su vez, nos permita seguir haciéndonos preguntas en relación a esos mismos conceptos. Abordaremos el humor y la ironía a través, fundamentalmente, de tres autores esenciales: Kierkegaard, Freud y Lacan. Distinguiremos la comicidad de lo chistoso y del sentido del humor, y haremos un especial énfasis en las funciones de la ironía.

1. El humor es una cosa muy seria

Lo divertido no es siempre lo opuesto de lo serio, como a veces se tiende a pensar. Lo contrario de lo divertido es lo aburrido. Hay personas, situaciones, textos, a los que podemos calificar de «serios» o «serias» sin que sean en absoluto aburridos o aburridas. Y dentro de dicha seriedad cabe la diversión y el humor.

El humor es realmente serio, en el sentido de importante, de algo que conviene cultivar. Por el contrario, lo aburrido suele denotar falta de vida, de deseo y de capacidad de sorpresa.

2. Un campo plural

El campo fenoménico que gira alrededor de la risa, la sonrisa y el humor es muy amplio y variado. Muy diversos autores han tratado de dar cuenta de esa pluralidad, no siempre con fortuna.¹

El psicoanálisis que se orienta en Freud y en la enseñanza lacaniana tiene, entre otros, un poderoso instrumento para poner algo de orden en ese terreno multiforme: la tríada RSI, es decir real, simbólico e imaginario. Con la ayuda de esa tríada y de otros

conceptos psicoanalíticos, podemos tratar de abordar el campo plural del humor y a la vez intentar que los fenómenos de dicho campo iluminen también algunos aspectos de la teoría y de la praxis del inconsciente.

3. El enigma de la risa

No es seguro que el ser humano sea el único animal que sabe reír, pero no hay duda de que es el único en el que la risa ocupa un lugar fundamental, hasta el punto de que podamos calificarlo de «*homo ridens*» (dado que de «*sapiens*» tiene bastante poco, puestos a hacer un chiste bien simple). Un dicho popular sentencia con gracejo: «Del hombre que nunca se ríe, nadie se fíe».

La risa es una contracción simultánea de quince músculos de la cara acompañada de respiraciones espasmódicas y de sonidos entrecortados irreprimibles (una definición bien poco divertida, por cierto). Puede dispararse ante estímulos tan diversos como un chiste, una situación ridícula inesperada, un instante de alegría, un momento de nerviosismo o unas buenas cosquillas.

Aunque el astuto Guillermo de Baskerville, discutiendo con Jorge de Burgos en *El nombre de la rosa*, sostenía que los monos no ríen dado que la risa es propia de la racionalidad humana, la verdad es que algunos primates parecen utilizar la risa, pero en todo caso lo hacen en un espectro mucho más reducido y unívoco que los seres humanos. Bergson afirmaba que «fuera de lo propiamente humano, no hay nada cómico», pero el bibliotecario de la abadía inventada por Umberto Eco se resistía a aceptar la humanidad de la risa puesto que la consideraba una terrible debilidad.

Científicos actuales están tratando de estudiar el humor y la risa desde los métodos de investigación más experimentales. Dejaremos de lado intencionadamente las llamadas terapias por la risa, que en la mayoría de los casos se inscriben en la tendencia a la banalización extrema que impera cada vez más en ciertos ámbitos psicoterapéuticos (casi

siempre de inspiración norteamericana) a pesar de que nadie con un mínimo sentido común pueda negar los efectos salutíferos de «echarse unas cuantas risas».

En las neurociencias se entiende la risa como «un medio extraordinario del cerebro para eliminar el desorden y los desajustes de la información provocados principalmente por el hecho de ser animales de lenguaje» (C. Marijuán, ingeniero y neurocientífico de la Universidad de Zaragoza). Existe además el convencimiento de que el estudio neurobiológico de la risa es una inmejorable vía de acceso a una teoría general del proceso de información en el cerebro humano. Sostienen algunos estudios recientes que el humor es la parte más cognitiva del fenómeno, el acto de la risa su manifestación más puramente fisiológica (con una mímica prácticamente universal, aunque tal vez no del todo), y entre lo uno y lo otro puede ubicarse el componente emocional de la alegría.

4. Humor y lenguaje

El psicoanálisis coincide absolutamente con esa idea de que lo humano y el humor son inseparables. El humor es un atributo de los seres parlantes vinculado directamente al lenguaje.

Con frecuencia reaparece la ya vieja discusión sobre la existencia o no de lenguajes en el reino animal. Jacques Lacan y el lingüista Émile Benveniste² terciaron en su momento en dicha polémica abordando el descubrimiento de Karl von Frisch sobre los códigos de comunicación de las abejas. Tal y como lo describe Lacan (*Escritos*, p. 285-6) la abeja (animal social donde los haya), cuando descubre un botín apetecible para la colmena, regresa a ésta y transmite a sus compañeras la ubicación de dicho botín a través de dos tipos de danzas: una en círculos, si es un lugar próximo, y otra más sofisticada, denominada «*wagging dance*», en forma de ochos. En esta última, el plano en que describe la curva del ocho y la frecuencia de los trayectos que la abeja danzarina cumple en un tiempo dado designan exactamente la dirección determinada en función de la inclinación solar y la distancia a que se encuentra el botín anhelado.

Tanto Lacan como Benveniste aceptan que se trata de comunicación animal pero no de lenguaje. Niegan a ese modo de comunicación el estatuto de lenguaje dado que se encuentra en él una correlación fija e inamovible de los signos con la realidad que significan. Además, nos recuerdan, no hay diálogo alguno, es solamente un código de señales. Algunos

años después, Oscar Masotta (pionero de la introducción del pensamiento lacaniano en nuestro país) retomando el ejemplo en cuestión, añadió la siguiente consideración en forma de pregunta retórica: «¿Ha imaginado alguien a una abeja utilizando el código de señales para hacer un chiste al colmenar?»³

Sabemos que existen algunos chimpancés y otros tipos de primates muy parecidos a éstos que, tras un largo adiestramiento, pueden utilizar (de manera muy parcial) algunos elementos del lenguaje de signos y algunos códigos de comunicación con los humanos, pero en ellos igualmente se comprueba que no hay lenguaje *in strictu sensu* porque no hay chistes, ni poesía, ni dobles sentidos. ¿Humor y humanización son correlativos? Es, a pesar de todo, un debate que sigue de algún modo abierto.

5. Una propuesta de sistematización

Dentro de este terreno multiforme que estamos abordando, algunos conceptos psicoanalíticos permiten una tentativa de ordenación explicativa, entre ellos la tópica lacaniana a la que ya hemos hecho alusión con anterioridad. Consideremos, a fines didácticos, tres ámbitos a definir: el de lo cómico, el del chiste y el del llamado sentido del humor. Que quede claro que no se trata de una propuesta inventada por quien suscribe estas líneas, pero que a él se le podrán imputar el estilo particular de presentarla, ciertas asociaciones no tomadas directamente de algún autor, así como el mayor énfasis puesto en el tercer segmento y algunos desarrollos específicos del mismo.

Los fenómenos del chiste y la agudeza podemos pensarlos fundamentalmente (aunque no en exclusiva) desde la lógica de lo simbólico. Las manifestaciones de la comicidad pueden entenderse desde los resortes imaginarios del narcisismo y sus límites. Y nos queda entonces un tercer grupo, mucho más difícil de precisar, al que podemos no obstante aproximarnos bajo el título del «sentido del humor», que apuntaría a cierto grado de relación del sujeto con lo Real, quizás en el límite entre lo real y lo simbólico.

5.1. La comicidad

Lo cómico pertenece en gran medida al terreno de lo imaginario y del narcisismo. Peter Berger escribe que «caerse de culo al suelo es el elemento capital de la experiencia cómica». ⁴ Nosotros

podemos añadir que cualquier caída puede disparar efectivamente la risa (véanse esos repetitivos programas televisivos de vídeos domésticos) así como también las clásicas escenas de pastelazos en la cara y en la ropa. Lo que se juega en esas imágenes es la caída del narcisismo del que todos participamos en mayor o menor grado. Cuanto más importante sea el personaje que luego cae súbitamente, y cuanto más seguro de sí mismo parezca justo antes del traspíe o de que la tarta de nata se estrelle contra su imagen de completud y suficiencia, más garantizada estará la risa subsiguiente. Es el registro de la imagen especular y de sus paradojas en donde algunos componentes de la crueldad del ser humano se articulan con lo cómico.⁵

La caída del otro nos preserva momentáneamente de la nuestra. En la misma perspectiva pueden entenderse las funciones cómicas que desempeñaban siglos atrás los bufones con ciertas deformidades corporales.

El cine mudo fue especialmente prolífico en el registro de la comicidad, mostrando de manera nítida que su resorte se basa en las imágenes y que no necesita palabras pronunciadas, por mucho que sepamos que dichas imágenes son codificadas y filtradas a través del lenguaje del espectador. El mismo año 1895 en que los Lumière inventaron el cinematógrafo, ya se pudo ver una cinta ejemplar del gag cómico por antonomasia. Se trata de *El regador regado* (título inequívocamente especular), en la que un jardinero es víctima de la travesura de un niño que aplasta con su pie la manguera. Cuando el buen hombre inspecciona la boca de la misma para ver que sucede, el niño retira el pie y el agua retenida baña al sorprendido jardinero.

Es notable asimismo la comicidad involuntaria que nos pueden suscitar a veces aquellos personajes que se muestran muy infatuados, grotescamente encantados de haberse conocido a sí mismos, y que —por lo general— no suelen tener demasiado sentido del humor.

Lacan vincula además lo cómico con el amor (para tratar de sacudir cierta asociación más habitual y perezosa del sentimiento amoroso con la tragedia) y también con la cuestión fálica, aunque desarrollar esa interesante articulación excedería las intenciones de este trabajo. Apuntemos únicamente que en el Seminario RSI, Lacan sugiere que el falo es «un cómico» y nos dice que, como es habitual en muchos de los cómicos, suele estar triste. Nos invita entonces a leer *Lisístrata*, aquella pieza de Aristófanes en la que las mujeres rehúsan tener relaciones sexuales con los hombres para tratar de conseguir la paz.

5.2. El chiste

Si bien estamos sosteniendo que el humor en general es indisoluble del lenguaje humano, es en el caso del chiste donde dicha articulación alcanza su apogeo. Los verdaderos chistes (aquellos que no son meras historietas divertidas y/o transcripciones de imágenes cómicas) van de la mano de los juegos de palabras y del malentendido. Cualquiera que lea el texto de Freud, de 1905, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, captará que la dimensión básica de lo chistoso está en la lógica del significante y en el hecho estructural de que la relación entre significantes y significados no es ni unívoca ni, por supuesto, natural. Eso es lo que permite, por ejemplo, que alguien pueda nombrar a las fiestas de Navidad como las *Alcoholidays* (condensación entre alcohol y *holidays*, vacaciones), que el personaje de una agudeza muy querida por Freud afirme que el barón de Rothschild le trató *famillona*mente, o que podamos afirmar que el queso preferido de Sherlock Holmes es, sin duda, el Emmental («el-emental», querido Watson).

Así pues, lo chistoso, en el sentido estricto del término, se articula estrechamente en el campo del lenguaje. Ese ámbito es el que en psicoanálisis lacaniano se vincula directamente con lo simbólico, y poco o nada tiene que ver con otras concepciones del símbolo como las de Jung u otros autores semejantes. El texto freudiano sobre el chiste sigue conservando toda su vigencia en ese sentido. En dicho trabajo, Freud no solamente nos muestra que el chiste procura al sujeto un momento de satisfacción libidinal por un levantamiento transitorio de la represión, sino que también destaca el hecho esencial de que para que un chiste funcione es necesario que el que lo cuenta y el que lo escucha tengan unos mínimos referentes culturales y lingüísticos comunes. Con esa observación, Freud está introduciendo una dimensión tercera, enraizada en el Otro del lenguaje, que no es necesaria en el caso de las imágenes universales de estrepitosas caídas al suelo.

Tomemos un chiste clásico en la propedéutica de estos asuntos teóricos. Un individuo tiene a un minino entre sus brazos. Otro se le acerca, curioso, y le pregunta: «¿Araña?» El primero le contesta: «¡No! ¡Gato!».

Esa es la estructura mínima y esencial del chiste. Se explota el doble significado de un significante. En este caso, «araña» remite tanto al verbo «arañar» como al arácnido que nada tiene que ver con el felino de la escena, aunque ambos pertenezcan al reino de los seres vivientes. El lenguaje muestra así

que está siempre presto al equívoco. La estructura del lenguaje (con sus leyes básicas de condensación y desplazamiento, metáfora y metonimia) es el primer gran eje del descubrimiento freudiano del inconsciente.

El otro gran eje de lo psicoanalítico, aquel que engloba la sexualidad, el erotismo y el goce, tan presente en muchos chistes del acervo popular, no parece atisbarse a simple vista en el chiste gatuno, pero tal vez hay en ese diálogo casi surrealista una muy velada alusión a la diferencia sexual (gato-araña) y una metáfora igualmente muy velada de aquello que Lacan llama la ausencia o la inexistencia de la relación sexual. En cualquier caso, reírse de un chiste que se basa en un juego de palabras tan ingenuo responde también a una regresión momentánea a los goces infantiles vinculados a las primeras tentativas del habla.

5.3. El no menos enigmático sentido del humor

Tenemos en Freud un texto bastante posterior que va más allá de sus teorizaciones sobre el chiste, complementándolas desde otra perspectiva. Se trata de su artículo de 1927, titulado *El humor*. Es obligado resaltar, de entrada, lo que señala James Strachey en su introducción: es la primera vez que se presenta al superyó bajo una faz amable. La escena que propone Freud para ejemplificar la función del humor es la siguiente: se trata de un delincuente que es llevado al cadalso donde va a ser ejecutado un lunes por la mañana, y mientras avanza hacia el mismo exclama: «¡Vaya, empieza bien la semana!»

En un momento tan trágico, el humor, según Freud, tiene algo de grandioso y de liberador, es un «don precioso» a través del cual el sujeto se trata a sí mismo como a un niño y simultáneamente desempeña frente a ese niño el papel del adulto tranquilizador. «Lo esencial —escribe— es el propósito que el humor realiza, ya se afirme en la persona propia o en una ajena. Quiere decir: Véanlo, ese es el mundo que parece tan peligroso. ¡Un juego de niños, bueno solamente para bromear sobre él!».

Peter Berger considera que «la sonrisa es la forma suprema de la risa, ya que en ella el individuo expresa a la vez su libertad y su autodominio.»⁶ En esta sistematización ternaria que estoy desarrollando, la sonrisa iría fundamentalmente de la mano de aquello que podemos llamar el sentido del humor, el cual complementa y trasciende los otros dos registros.

Conviene no olvidar que la sonrisa es tal vez uno de los vínculos más antiguos entre el niño y la madre. Quizás el sentido del humor y la capacidad de sonreír sean una forma muy sofisticada de recuperar y/o de conservar en la vida adulta algo de ese primer vínculo tan arcaico, un modo de transitar entre la apelación al Gran Otro y la conciencia clara de su inexistencia, de que ya no hay nadie que pueda socorrernos. Todos estamos condenados a muerte (como en el ejemplo de Freud, aunque a diferencia de aquel sin saber la hora exacta del hecho cierto), pero los adultos ya no podemos seguir recurriendo al consuelo de las figuras primordiales.

El humor, entendido así como algo que no es exactamente lo mismo que lo cómico y lo chistoso (aunque pueda articularse de alguna manera con ambos fenómenos) permite a los humanos enfrentar lo real y el sin-sentido de la existencia ubicando una sonrisa en el lugar de la angustia y de la nada. No siempre es fácil hacer frente a ciertas cuestiones básicas de la existencia sin caer en los extremos del horror o del cinismo. El humor bien entendido no implica tapar esas cuestiones, sino tratarlas a pesar de su dificultad, atravesarlas un poco, y dejarse atravesar por ellas.

En este tercer terreno mucho más difícil de precisar, pero a la vez —o precisamente por ello— tan apasionante, podemos incluir una figura clásica: la ironía. De hecho, la historieta freudiana del condenado a muerte se trata, en verdad, de un excelente ejemplo de ironía.

6. La ironía, una estrategia de conocimiento

Hemos de recuperar las facetas nobles de la ironía y sacarla un poco de esa definición tan estrecha según la cual es la figura retórica por la que se da a entender lo contrario de lo que se dice.

No es lo mismo la ironía que la sátira, la burla o el sarcasmo, aunque buscando «ironía» en el código de la lengua, en los diccionarios, se nos aparece cierta confusión con esos otros conceptos. Tampoco es lo mismo que la posición cínica. En el sarcasmo o en la burla se trata de desvelar la falta del otro, poner en evidencia sus puntos débiles, exagerarlos incluso, de ahí que el efecto que se produce suele ser más bien cercano al orden de la crueldad cómica y/o de la humillación. Mostrando la castración del otro, nos resguardamos momentáneamente de la nuestra.

La verdadera ironía, o en todo caso aquella que más puede interesarnos, no apunta en absoluto a eso. Más bien muestra la falta de la estructura, es una

suerte de atentado a las doxas completas y a los fanatismos, alertándonos del peligro de creerse en posesión de la verdad definitiva que ya no requiere más interrogaciones. Es una estrategia de conocimiento.

Intentemos, pues, ubicar, ampliar y dignificar (¡no del todo!) el concepto de ironía.

Si retrocedemos en la historia del pensamiento, hallaremos casi en los albores de la filosofía la conocida ironía socrática, verdadera tempestad en medio de la serenidad helénica, la unión del humor y de lo trágico en la conciencia del vacío.

La extraordinaria tesis de Kierkegaard sobre la ironía propone una lectura no hegeliana de Sócrates. Hegel se lamentaba de que la enseñanza socrática, al carecer de un sistema positivo propició diversas corrientes interpretativas. Kierkegaard le da la vuelta, irónicamente, a esa crítica, llevándola más lejos todavía: Sócrates careció de positividad. Por ejemplo, para el gran filósofo danés, la *Apología de Sócrates* presentada por Platón o bien es espuria o bien se explica de manera totalmente irónica.

Sócrates desarrolla el arte de preguntar, el arte de la conversación. De ahí su reproche a los sofistas, que supiesen hablar pero no conversar. La intención con la que uno pregunta puede ser de dos tipos: se puede preguntar para obtener una respuesta que contenga la plenitud deseada, o puede uno preguntar para «succionar a través de la pregunta el contenido aparente, dejando en su lugar un vacío.» El primero de los métodos es el especulativo y presupone que hay una plenitud. El segundo es el irónico y presupone que hay un vacío.

Siguiendo con Kierkegaard (a quien Lacan considera, en su seminario 11, «el más agudo de los interrogadores del alma antes de Freud») encontramos en su tesis ideas y argumentaciones de una fuerza deslumbrante. En tanto que negatividad, la ironía es la más ligera denotación de la subjetividad, y el goce del ironista es el más abstracto de todos, el más vacío de contenido.

La ironía no es simulación (no trata de engañar), no es hipocresía (el hipócrita se esfuerza siempre por parecer bueno), no es sátira aunque es esencialmente crítica. En tanto negatividad podría parecerse a la duda, pero la ironía es esencialmente práctica a diferencia de aquella.

Para concluir este rapidísimo recorrido por el texto de Kierkegaard puede servirnos una afirmación radical: «Así como la filosofía comienza por la duda, la vida digna de ser llamada humana comienza por la ironía».

¿*Homo ridens* o tal vez *homo ironicus*?

Además de Sócrates y Kierkegaard, si

quisiéramos revisar la compleja historia de la ironía podríamos echar mano de numerosos estudios existentes sobre el tema (algunos muy recomendables de los últimos años son los de Pere Ballart, 1994, Valeriano Bozal, 1999, y Mónica Virasoro, 1997) y deberíamos detenernos especialmente en los siglos XIX y XX.

La ironía ha acabado convirtiéndose, según algunos, en uno de los conceptos nucleares de la posmodernidad, tras el supuesto fracaso de las utopías revolucionarias, y en uno de los ingredientes esenciales (tal vez demasiado) del arte de vanguardia.

7. Humor e ironía en Freud

El sentido del humor en Freud es indiscutible. Aparece a lo largo y ancho de su obra, aunque algunos lectores apresurados tal vez no sepan apreciarlo.

Demuestra una especial predilección por las metáforas o las analogías humorísticas, algunas francamente divertidas, para transmitir más eficazmente sus elaboraciones conceptuales. Una cualquiera, tomada casi al azar, es aquella en la que para ilustrar los efectos nocivos de ocultar a los niños y los adolescentes el papel que la sexualidad habrá de desempeñar en sus vidas, escribe: «La educación se conduce como si se enviara a una expedición polar a gente vestida con ropa de verano y equipada con mapas de los lagos italianos.»

Las menciones a la ironía también son abundantes en Freud. Así por ejemplo, en el caso del hombre de las ratas, toma como irónica la frase de su paciente «tan cierto como que mi padre y la dama pueden tener hijos, le devolveré a él el dinero», y argumenta que en el pensamiento obsesivo, al igual que en el sueño, la absurdidad puede significar ironía.

A pesar de su gran sentido del humor, Freud no es quizás un autor tan irónico como Lacan, o al menos no de un modo tan radical como veremos enseguida en el padre del objeto «a». Más allá de posibles razones caracteriales, puede haber una razón más histórica e ineludible: Freud estaba construyendo prácticamente solo un enorme *corpus* teórico.

No obstante, encontramos en la vida de Freud algunas muestras sublimes de su manejo de la ironía. Evoquemos la anécdota freudiana del último desafío en suelo austríaco, antes de partir al exilio. Los nazis le insistían en que firmara una declaración manifestando que no se le había sometido a ningún



tipo de malos tratos. Freud lo hizo pero añadió un comentario de su puño y letra: «Puedo darles a todos las más altas recomendaciones de la GESTAPO.» Dice Peter Gay⁷ que tuvo la suerte de que los hombres de las SS no advirtieran la ironía oculta. Y agrega: ¿Por qué corrió ese riesgo mortal?. Sabemos que aunque Freud no acabó como Sócrates, su posición subjetiva guarda ciertos vínculos estructurales con la de éste. Lacan, en varios lugares de su obra, ha sugerido analogías importantes en sus respectivos deseos, que a uno le conducen hasta la cicuta y al segundo le llevan a entronizar en un lugar preferente de lo psíquico la perturbadora noción de la pulsión de muerte.

8. Humor e ironía en Lacan

Lacan practicó el humor con frecuencia y en formas muy diversas. Encontramos en sus textos y en sus seminarios todo tipo de parodias, ironías y chistes.

En *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo* (1960), al referirse a ciertas corrientes del psicoanálisis post-freudiano, dice que en ellas «el humorismo ya está siempre mal visto», lo cual lamenta, y vincula dicho rechazo con el hecho de que algunos de esos autores «se preocupan demasiado de una posición honorable para seguir concediendo el menor lugar al lado irremediamente estrafalario que el inconsciente mantiene por sus raíces lingüísticas». Es decir que, para Lacan, el rechazo del humor es parejo a cierto grado de borramiento del descubrimiento freudiano por parte de algunos analistas que quieren ser honorables a toda costa. Desde luego ése no era el caso del propio Lacan. Algunos años después (Roma, 1970) dirá provocadoramente:

«Relájense, sean más naturales cuando reciban a alguien que viene a pedirles un análisis. No se sientan tan obligados a mostrarse de cuello duro [...]. Soy un payaso. Tómenlo como ejemplo, ¡y no me imiten! La seriedad que me anima es la serie que ustedes constituyen.»⁸

La anterior se trata de una cita que redundante en lo que ya habíamos dicho al principio de que lo humorístico no tiene porque estar reñido con lo serio. Nos guste o no nos guste la mención al «payaso» auto-aplicada a un psicoanalista, hay un claro contraste con las figuras demasiado preocupadas por la honorabilidad, y resulta por completo coherente con lo que ya había

argumentado en su Seminario sobre las formaciones del inconsciente cuando sostenía que lo opuesto a la risa no es el llanto sino la identificación.⁹ El exceso de identificación le pone a uno serio y con cara de palo. La experiencia terapéutica y didáctica del análisis debería hacer caer y/o relativizar ciertas identificaciones demasiado rígidas, incluso aquella de creerse analista todo el tiempo y con cualquier interlocutor.

Las citas de Lacan sobre la ironía son numerosas. Pueden encontrarse en diversos escritos como son, entre otros, *Más allá del principio de realidad*, *Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología*, *Juventud de Gide o la letra y el deseo*, y *Acerca de la causalidad psíquica*. Pero, probablemente, las referencias explícitas a la ironía que tienen más interés en su obra son las cuatro que vamos a ver a continuación.

La primera se encuentra en *Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956*, donde escribe: «Si hemos podido definir irónicamente el psicoanálisis como el tratamiento que se espera de un analista, es sin embargo ciertamente el primero el que decide la calidad del segundo» (*Escritos*, p. 442).

Las otras tres pertenecen (y vale la pena resaltarlo) a su famoso discurso *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, que marca un punto fundamental en su enseñanza y un verdadero programa de trabajo a desarrollar.

En el prefacio del discurso (*Escritos*, p. 228) dice de manera explícita que rompe con el estilo tradicional que sitúa el informe entre la compilación y la síntesis, «para darle el estilo irónico de una puesta en tela de juicio de los fundamentos de esa disciplina» (la psicoanalítica, se entiende).

Más adelante (*Escritos*, p. 280) encontramos la segunda cita del mismo texto:

«Para volver a encontrar el efecto de la palabra de Freud, no es a sus términos a los que recurriremos, sino a los principios que la gobiernan. Esos principios no son otra cosa que la dialéctica de la conciencia de sí, tal como se realiza de Sócrates a Hegel, a partir de la suposición irónica de que todo lo racional es real para precipitarse en el juicio científico de que todo lo que es real es racional.»

Por último, y casi al final de esa larga y ya histórica ponencia, se puede leer lo siguiente (*Escritos*, p. 304): «La noción del instinto de muerte, por poco que se la considere, se propone como irónica, pues su sentido debe buscarse en la conjunción de dos términos contrarios [...].»



Algunos lacanianos han trabajado la relación indiscutible de Lacan con diversas facetas de lo irónico. Colette Soler apuntaba en un debate no muy lejano que la propuesta lacaniana de la identificación al síntoma en lugar de la identificación al analista casi parece una irónica provocación. Incluso podríamos pensar en una lectura irónica de los matemas lacanianos.

No se trata sólo de demostrar que Lacan menciona unas cuantas veces la ironía, y que lo hace además en relación a cuestiones importantes. Una hipótesis más arriesgada, pero plausible, es aquella que nos permite sospechar que el estilo mismo de Lacan es, a menudo, muy irónico y que incluso podría sostenerse que la ironía es una de las claves fundamentales de su enseñanza y de su obra. En el estilo lacaniano está absolutamente presente, aunque no siempre con el sentido exacto de la tradición retórica. Tampoco es demasiado fácil saber en todo momento de qué modo la está utilizando, lo cual exige una lectura muy atenta. En ocasiones parece casi una actitud ironista volcada «moebianamente» sobre la propia ironía.

En una sesión del Seminario 4 Lacan está criticando a un autor (al que no menciona explícitamente) quien al parecer consideraba que la ironía pertenece a la clase de las manifestaciones agresivas, y comenta: «En cuanto a decir que una reacción como la ironía es agresiva por naturaleza no me parece compatible con algo que todo el mundo sabe, que lejos de ser una reacción agresiva la ironía, es ante todo, una forma de interrogación, una modalidad de pregunta.»¹⁰

¿La ironía, una pregunta? ¿Y todo el mundo lo sabe? Es una forma muy peculiar de presentar el asunto pero, sin duda, con una lógica que engancha a la perfección con esa tradición histórica que hemos recordado antes, sobre todo a través de Kierkegaard, partiendo de la mayéutica socrática y atentando contra la suficiencia y la beatitud. Si la ironía es una modalidad de pregunta ha de interesar por fuerza a los psicoanalistas.

9. El humor y la ironía en la clínica psicoanalítica

No voy a entrar en la cuestión del humor y la ironía respecto a las diversas estructuras clínicas, a pesar de que sería un terreno interesante a explorar, entre otras razones para intentar romper la asociación reduccionista que sostienen algunos al ubicar a la ironía en el campo de la esquizofrenia.¹¹

Me voy a concentrar en la experiencia de la clínica psicoanalítica y en sus efectos terapéuticos y didácticos.

En la dirección de la cura, el analista y el analizante tienen que estar dispuestos a la emergencia de todo tipo de afectos. Entre dichos afectos, y a pesar de que en el análisis hay que estar dispuesto a pasar por momentos duros y difíciles, no es infrecuente la aparición del humor y de la risa. No siempre el humor y la risa en el devenir de una cura analítica suponen una manera defensiva de tapar, eludir o desplazar cuestiones subjetivas. En algunas ocasiones se trata justamente de todo lo contrario: la emergencia súbita de un estallido de humor puede ser el índice de haber alcanzado un punto de goce a través de la interpretación. El desciframiento bajo transferencia de determinadas formaciones del inconsciente puede ir acompañado de un efecto chistoso, a veces muy parecido al efecto de humor involuntario que causan ciertos *lapses* en público que muestran a medias una verdad escondida. Hasta en los síntomas más trágicos o invalidantes es posible sacar a la luz algún nudo significativo cuya estructura corresponde al modelo de los chistes que hemos analizado más arriba. *Lapses*, sueños y actos fallidos se sostienen a menudo en una trama de palabras cruzadas, de mensajes dirigidos al Otro de la interpretación.

Un paciente que había acudido a análisis por un problema de impotencia sexual, tras presentar en las primeras entrevistas su síntoma de «disfunción eréctil» fue desplazando su discurso desde la problemática supuestamente genital hacia la minuciosa descripción de su posición pasiva y un tanto feminizada frente a la rebeldía cotidiana de sus subordinadas en el ámbito laboral y, sobre todo, esa misma posición pasiva y con cierto *odor di femina* frente a su histérica e hiperactiva consorte. En una sesión, tras relatar una discusión muy acalorada con ella (por un asunto baladí) en la que acabó sintiéndose humillado, concluyó diciendo: «tal vez debería ponerme más duro con ella». El analista le devolvió, muy enfáticamente, sus mismas palabras y dio por finalizada la visita. A la siguiente sesión acudió conmocionado: habían podido tener relaciones sexuales con penetración sin ninguna dificultad. Aunque, como es obvio, existían otros ingredientes del síntoma que ahora no puedo desarrollar, se pudo constatar con claridad como su disfunción aparentemente corporal descansaba (en parte) en un juego de palabras (ponerse duro o no) cuya dimensión chistosa no se le escapó en absoluto al propio paciente una vez desvelada.

En otro plano diferente, pero de una importancia clínica igual o superior, hallamos también las huellas del humor y la ironía. Algunos autores han propuesto el término «estilo» para referirse a aquello que puede advenir en el final de un análisis. Así por ejemplo, Marc Strauss¹² sugiere que «encontrar su estilo» podría ser uno de los nombres de lo incurable producido por un análisis, en el camino que va desde el rasgo contingente e inicial, pasando por el carácter peculiar de cada cura, hasta el «saber-obrar-con» el síntoma (o con el goce) que se obtiene en el punto final de la misma. Siguiendo esa sugerencia, me permito añadir lo siguiente: al final del análisis se puede convivir con la inconsistencia y con el dolor de existir, llevando la división subjetiva con estilo. Y me parece que saber llevar la castración con estilo (estoy jugando un poco con cierta polisemia de los términos estilo y castración) es una posible definición del humor, definición que brindo para un posible debate.

Lo anterior no quiere decir que todo aquel que llega al final de su experiencia analítica tenga que mostrar un acusado sentido del humor, pero sí puede querer decir, en la línea de cuestiones que ya hemos ido apuntando, que el atravesamiento de ciertas identificaciones, así como la caída del Gran Otro que se produce a lo largo de una cura, favorecen sin lugar a dudas una buena relación con el humor y la ironía, que no tiene porque desembocar ni en el cinismo ni en la posición del canalla.

Aquel que ha experimentado la destitución subjetiva en su trayecto analítico, aquel que ya no cree en los Reyes Magos,¹³ aquel que ha podido vaciarse un poco de su goce (jamás del todo) conociendo mejor sus coordenadas simbólicas e imaginarias, es quien teóricamente está en mejores condiciones de practicar ese humor, en la juntura de lo Real y del lenguaje, que se anuda de algún modo con el deseo de saber inherente a la posición del analista.

Tal y como decía Kafka, en un mundo sin Dios el sentido del humor es casi una obligación moral.

10. En las asociaciones de psicoanalistas y en la enseñanza del análisis

Richard Rorty define al «ironista», en contrapartida con el metafísico, como aquel que reconoce la contingencia de sus creencias. El metafísico es aquel que está convencido de haber captado la esencia real de las cosas y su léxico último ya no debe ser revisado. El ironista, por el

contrario, apuesta por una redescrición continua de los léxicos que no implique necesariamente una caída en picado en el relativismo, el escepticismo extremo, o la falta de solidaridad.

La ironía es una mirada horizontal, o tal vez oblicua, pero siempre des-jerarquizante. Se opone a los fanatismos y a los fundamentalismos, incorporando el desencanto pero sin dejarse atrapar por la pura frivolidad. Denuncia algunos de los peligros de lo sublime y de esos entusiasmos poco advertidos que pueden llevar a la alienación a lo absoluto. Ya Kierkegaard (es tan difícil no volver a citarlo) nos decía que la ironía nos evita la idolatría de todo fenómeno.

La fuerte censura de ciertos tipos de humor en los contextos dictatoriales muestra bien a las claras el poder subversivo de las manifestaciones humorísticas e irónicas. En las dictaduras, el humor es un modo clásico de resistencia al poder. Las revistas de humor siempre han sido vistas con recelo por los sistemas totalitarios.

Igualmente, la historia de la relación entre el humor y la Iglesia es altamente significativa. Centrándonos únicamente en la tradición cristiana, es ilustrativo constatar que si bien la Biblia menciona la risa en unos treinta pasajes, en casi todos ellos el personaje que ríe lo hace para mofarse de un semejante, pero rara vez para expresar su alegría. Los teólogos llegaron incluso a discutir si Cristo se habría reído (o no) alguna vez en su vida, debate «patafísico» que a Luis Buñuel le hizo tanta gracia que le llevó a incluir en algunas de sus películas (*Nazarín* y *La vía láctea*) provocadoras imágenes del hijo de Dios riendo a carcajadas o contando chistes en las bodas de Canaán.

Otra virtud remarcable del humor en general y de la ironía en particular es su capacidad de síntesis, de reducción depurativa, en contra de ciertas verborreas «dóxicas» (que no tóxicas, aunque en ocasiones haya poca diferencia). El humor permite, a veces, una transcripción casi matemática de algunas cuestiones que, de otra forma, tendrían que ser desplegadas de un modo mucho más prolijo y obsesivo. En ese sentido, el humor se aproxima al medio-decir de la verdad y a la idea de Baltasar Gracián de que «la mitad vale más que el todo».

La doxa (en el sentido más simple de conjunto establecido de postulados teóricos y prácticos de una disciplina) suele ser seria, pero hay que intentar a toda costa que no sea aburrida. Explicar cosas serias con humor, incluso de una manera divertida, es difícil pero es posible, y cuando se consigue es apasionante y, a veces, facilita de algún modo la

comprensión de lo que se explica. El rigor científico no tiene porque ser «*rigor mortis*». ¹⁴

Ojalá en las asociaciones de psicoanalistas y en la transmisión de la teoría y de la clínica del psicoanálisis pudiésemos incorporar los efectos epistémicos y destotalizantes del humor y de la ironía. El humor para transmitir conceptos áridos y/o para impugnar el saber absoluto está en las antípodas de las retóricas supuestamente humorísticas que se utilizan para agredir al interlocutor.

Sigamos intentando, a pesar de los pesares, y con ayuda del humor, que las agrupaciones de analistas no se conviertan en sistemas demasiado eclesiales.

No estaría nada mal que las comunidades de trabajo de los psicoanalistas fuesen un tanto ironistas, y nada o muy poco metafísicas, preservando la dialéctica siempre abierta entre la doxa y los nuevos saberes por advenir.



Manuel Baldiz

Gran Via de les Corts Catalanes, 519, 4º
1ª, 08015 Barcelona
93-4264415
9567mbf@comb.es

Notas

1. Un ejemplo paradigmático de la dificultad de abordar el estudio de estas cuestiones lo tenemos en el texto de Ernest Kris, *Psicoanálisis de lo cómico*, Paidós, 1955, donde se comprueban algunos de los atolladeros de la aplicación de la psicología del yo a la comicidad y el humorismo.

2. Benveniste, E. (1966) «Comunicación animal y lenguaje humano», en *Problemas de lingüística general I*, Siglo XXI, 1971.

3. Masotta, O. (1970) *Introducción a la lectura de Jacques Lacan*. Corregidor, segunda edición, 1974, p. 19-20.

4. Berger, P.L. (1997) *La rialla que salva (La dimensió còmica de l'experiència humana)*. La Campana: Barcelona, 1997, p. 56.

5. A pesar de que, por razones expositivas (en este apartado en particular) estamos presentando casi como sinónimos lo especular y el registro imaginario, conviene advertir que lo especular no es en absoluto un equivalente exacto de lo imaginario. Lacan considera que el estadio del espejo da la regla de repartición entre lo imaginario y lo simbólico.

6. *Op. Cit.* nota 4, p. 83.

7. Gay, P. (1987) *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Paidós, 1988, p. 695.

8. «La Tercera», en *Actas de la Escuela Freudiana de París*. Petrel, 1980, p.165.

9. Lacan, J. (1958) *Las formaciones del inconsciente*. El Seminario, Libro 5, Paidós, 1999, p. 340.

10. Lacan, J. (1957) *La relación de objeto*. El Seminario, Libro 4, Paidós, 1994, p. 32.

11. Jacques-Alain Miller insiste especialmente en la «ironía infernal del esquizofrénico», radicalizando la hipótesis de que la ironía, al contrario del humor, iría contra el Otro. Ver, por ejemplo, su artículo *Ironía* en la revista «Uno por Uno» n°. 34, 1993.

12. Strauss, M., «El síntoma en la cura», en el libro *La envoltura formal del síntoma*, Varios Autores, Manantial, 1989.

13. Bekerman, J. (1996) *El psicoanálisis ilustrado*, Emecé.

14. Wagensberg, J. (1998) *Ideas para la imaginación impura*, Tusquets.

Bibliografía

BALLART, P. (1994). *Eironeia*. Barcelona: Sirmio.

BOZAL, V. (1999). *Necesidad de la ironía*. Madrid: Visor.

FREUD, S. (1905). *El chiste y su relación con lo inconsciente*. O.C., tomo VIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

FREUD, S. (1927). *El humor*. O.C., tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

KIERKEGAARD, S. (1841). *Sobre el concepto de ironía*. Madrid: Trotta, 2000.

LACAN, J. (1966). *Escritos*. Tomos I y II, Siglo XXI, primera edición en español, 1971, décima edición en español corregida y aumentada, 1984.

RORTY, R. (1989). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Paidós, 1991.

VIRASORO, M. *De ironías y silencios*. Barcelona: Gedisa, 1997.